



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 13119

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extra-
gero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º
y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

LUNES 7 DE AGOSTO DE 1905

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras d
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

La velada marítima

Se celebró anoche la fiesta del color y la luz. A presenciarla habían venido muchos forasteros, que no vienen para ver los toros, pero sí para asistir a la velada; probando con esto cuanto razon tenemos al decir que esta fiesta tiene más atracción sobre el público que la llamada fiesta nacional. Ingenuamente confesamos que suprimiríamos del programa de festejos cuantos en él figuran, excepte la velada marítima y los fuegos acuáticos; y dedicaríamos á aquella toda la atención y todos los recursos de que se pudiera disponer.

Y haríamos más: copiando—nada hay nuevo debajo del sol—lo que hacen los murcianos con el Entierro de la Sardiná, constituiríamos una Junta permanente que se dedicara á allegar elementos para agrandar la fiesta. Solo así podría conseguirse que sacudieran la apatía en que viven muchas entidades que debieran concurrir á valorarla, á darle más renombre, prestandole nuevos alicientes y extendiéndola á límites que hoy, mientras sea solo el ayuntamiento quien la haga, no puede alcanzar.

Brindamos este pensamiento á quien lo quiera realizar y prometemos ayudarle en lo que respecta á hacer la propaganda. Para eso estará siempre dispuesta nuestra pluma, pues adivinamos que la fiesta puede llegar a ser de nombre universal.

Por lo que respecta á la noche celebrada, gusto al público que la presencié. Como todos los años, tomamos posesion de nuestro sitio mucho tiempo antes de darse la señal. En nuestro deseo de no perder detalle, gustamos presenciar la transformación que sufre la

baña. Al principio oscuridad completa; rumores misteriosos de aguas que se mueven; brisas que aletean y acarician; quietud de cosas que fija el pensamiento y que nos aísla de cuanto nos rodea. El tiempo pasa; la mar se siembra de puntos luminosos que van y vienen como insectos de luz. Al principio aparecen aislados; luego se reúnen formando una línea delgada, que va hinchándose a medida que llegan nuevos puntos y á poco aparece ante los ojos asombrados, como trazado por invisible artista, un cuadro gigantesco con marco de luz multicolor.

En su movible fondo no se apesenta ya la oscuridad, al contrario, en él rielan los colores del iris y obra el conjunto de modo tal sobre el espíritu y exalta la fantasía de tal modo, que hay momentos en que el cuadro aquel parece un inmenso cristal orlado de brillante pedrería.

A medida que la luz aumenta, aumentan los rumores. Pasan ante nosotros multitud de sombras que asaltan las tribunas y las sillas. Interrumpese la quietud de las cosas que fijaba nuestro pensamiento y éste queda libre, vagando del mar a la orilla, de la orilla al mar y a las tribunas y a las sillas que se van ocupando por aquellas sombras que pasan y repasan con el rápido andar de las mujeres jóvenes, despertando nuestra curiosidad. ¿Serán hermosas? Seguramente sí, porque muy rara vez la juventud es fea.

A las diez de la noche la animación era grandísima. En el muelle, muralla, balcones, ventanas, azoteas, Puerta de la Villa y monte de la Concepción, se apiñaban millares de personas avidas de ver lo que iba á pasar.

Y pasó lo que estaba anunciado, previa la señal de la palacha y un compás de espera larguísimo, para que los botes del concurso llegaran al centro del cuadro. Por ante

la apiñada multitud congregada en tierra y en la mar, fueron desfilando los botes que anteayer detallamos, luciendo lijos transparentes ó iluminaciones espléndidas. *La Armonía*, del señor Requena; el grupo de la rana, el caracol y la langosta, del señor Moreno, perfectamente iluminado; la locomotora del señor Fernandez; la moneda del señor Vivancos y la linda embarcación del señor Huelgas que, como suponíamos, dadas las especiales aptitudes del autor, es muy bonita.

Y el público aplaudía. A cada embarcación que llegaba sonaba un aplauso, que se iba corriendo y alejando, conforme se alejaba aquella y se iba renovando al público.

Después entraron en la zona de velada los botes que oplan a premio, desfilando, como los anteriores, un almanaque del señor Dueto; un naufrago, de D. José Lizana; un templete de D. Miguel Torre; un gramofono del señor Dueto y un asunto, titulado por su autor *Buscamos agua*, de D. Alberto Martínez Hernandez.

Constituido el jurado en la palacha, adjudicó los premios ofrecidos por el oraseu siguiente:

El de 150 pesetas al templete.

El de 100 al almanaque.

Los de 75 al naufrago, al gramofono y al asunto «buscamos agua».

Y después de cumplida esta formalidad, desfilaron de nuevo las embarcaciones ante el público, saliendo de la zona de velada, en busca cada una de su fondeadero.

Fué esta la señal de rompan filas; el marco del gigantesco cuadro se rompió en mil pedazos de luz multicolor; la mar se sembró como al principio de puntos luminosos aislados que iban y venían como insectos de luz. Cada vez eran en menor número, hasta que se agotaron. Y una hora después de la velada dominaba en el mar la sombra y la quietud, saliendo de

ella rumores misteriosos de ondas que se besaban entre las negruras de la noche.

El público separóse de la orilla del muelle. Ante nosotros desfilaron nuevamente ligeras sombras que pasaban rapidas. Tribunas y sillas quedaron totalmente abandonadas y al encontrarnos solos entre la negra zona y la feria espléndida de luz y animación, abandonamos nuestro asiento pensando que si a esta velada marítima se le dedicara algun cuidado, constituiría una fiesta magnífica, que ya la quisieran para sus programas otras poblaciones de mas campañillas.

Y hay que limpiarla de varios defectos, especialmente de la larga espera a que se ve obligado el público que acude a presenciaria. Se anuncia para las diez de la noche y comienza hora y media después cuando menos; resultando de aquí; que cuando empieza ya está cansado el público de tanto esperar y pierde la mitad del interés.

Desde que viene celebrándose, solo el año pasado se ha verificado a la hora anunciada. La comisión de festejos de entonces quiso demostrar que el defecto de tardanza podía enmendarse y lo demostró.

Inútilen las comisiones de festejos que vayan sucediéndose y con ello ira ganando la velada, porque los que vienen a verla la verán á gusto.

TOROS

Primera corrida

Haciendo lo que Clemente dicen que solía hacer, fuése este cura anteayer hacia donde iba la gente. Encaminábase ésta en revuelta confusión, llevada de su afición, á ver la nación i fiesta. Y era de ver la premura que ponía en caminar, cual si temiese llegar

tarde del caso á la altura.

Llegó á la plaza, asomó la faz por un vomitorio y pínimas del purgatorio qué de cosas admitió!

El tendido rebosante de gentío que impacientemente esperaba al presidente con un calor sofocante. Sombrillas que se mecían; abanicos que soplaban; gentes que se impacientaban y que al sol se derretían.

Tomo buelta, oспere adhiéntome al gentío, y grita á mi lado un tío:

—¡Agua! ¡Agua! ¡Beba usted!

No me hace gracia la cosa; doy muestras de desagrado y otro tío, del otro lado, grita: —¡Beba usted graciosa!

Hago la de vámonos; piso en un pié ó una bravía y me arma una gritería que vale lo menos dos.

La gente rie á mi costa

—¡Que baile! —gritan algunos:

pero yo burlo á los tunos y me fago por la posta, mientras un municipal especiga á la bravía, que me resulta una tía de tamaño colosal.

Buscando nuevo acomodo vine á dar en un montón de toreros de afición, de esos que entienden de todo.

Y de ellos y unos *bismarques* que arreglaban el Oriente, mientras llegó el presidente escuché soberbias frases.

¡Ho! ¡Qué es eso? Un pralado

de grita ¡voto á Raquel!

Me temo, don Rafael,

que sobrevenga el diluvio.

No hay núa nube en el cielo;

Naturaleza sonrre;

mas don Rafael, no se fie,

y cuide mucho el pañuelo.

Tenga siempre muy en cuenta

qué á deshora suen lido,

sobreviene el estallido,

quiere decir la torment.

Y á todo esto ¿qué hora es? Las cuatro y veinticinco, hora de disponer lápices y cartillas para comenzar la faena. Cada cual á lo suyo. El alcalde á sacudir el polvo; los diestros á abrir ojales en la piel; yo á

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 1189

LOS BANDIDOS DE ORGERES 1187

suspirando. El Guapo Francisco añadió con acento más dulce:

—Pronto volveremos á vernos, Rosita.

Detúvose ésta, palpitante de esperanza, hizo una profunda reverencia y se apresuró á salir.

Al mismo tiempo entraron en la sala del consejo el Rojo y el Cirujano.

perlas diáfanas por sus mejillas. El Guapo Francisco luchando entre dos sentimientos contrarios, se agitaba en su asiento, ora mirando con apasionados ojos á la muchacha, ora volviendo á otro lado la cabeza como encolerizado contra sí mismo.

Difícil hubiera sido prever el resultado de aquel combate interior, cuando entró el Curilla, que desempeñaba cerca del jefe las funciones de introductor, anunciando la llegada del Rojo de Auncan y de su gente.

—El Rojo tiene trazas de ballarse en uno de sus acosos de humor negro,—añadió á media voz,—y no hay quien le saque una palabra.

Aquella noticia vino á romper el encanto en que se agitaba el Guapo Francisco, que se puso en pié con viveza.

—Tráemelo,—dijo con precipitación,—y si está con él Bautista el cirujano, que voy; au ambos en seguida. El cura salió para ejecutar aquella orden.

Rosa, consternada por aquella interrupción, se había también levantado, y el Meg la dijo con aire distraído:

—Véte. No puedes permanecer aquí.

Rosa se enajugó los ojos y se dispuso á obedecer



Rosa se sentía envuelta en el fluido de aquella mirada dominadora y se estremecía de gozo, pero guardaba silencio y seguía con la cabeza baja.

—¿Sabes, Rosa,—dijo por fin el Guapo Francisco,—que estás todavía muy linda y que te sería fácil bailar un marido entre los hombres de la banda?